

A vintage-style illustration in a warm, yellowish-gold color palette. A woman in a dark, long-sleeved dress and a large, ornate hat sits on a high-backed chair. She is looking towards the left. In the background, a table holds a sewing machine, a vase of flowers, and other decorative items. The scene is framed by a decorative border.

Kate Chopin
Un Par De
Medias De Seda

ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

UN PAR DE MEDIAS DE SEDA

KATE CHOPIN

PUBLICADO: 1897

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

UN PAR DE MEDIAS DE SEDA

La pequeña señora Sommers se encontró un día, de manera inesperada, con la posesión de quince dólares. Le parecía una cantidad muy considerable de dinero, y la forma en que abultaba e hinchaba su viejo y gastado portamonedas le proporcionaba una sensación de importancia que no había experimentado en años.

La cuestión de la inversión la preocupaba enormemente. Durante uno o dos días se movió como en un estado de ensoñación, aunque en realidad estaba absorta en cavilaciones y cálculos. No deseaba actuar con precipitación, ni hacer nada de lo que pudiera arrepentirse después. Pero fue durante las horas silenciosas de la noche, mientras yacía despierta, dándole vueltas a sus planes, que creyó ver con claridad el modo adecuado y juicioso de gastar aquel dinero.

Un dólar o dos habría que añadir al precio que solía pagar por los zapatos de Janie, con lo que durarían un tiempo apreciablemente más largo de lo habitual. Compraría tal número de yardas de percal para confeccionar blusas nuevas para los chicos, para Janie y para Mag. Su intención había sido remendar las viejas con habilidad, pero ahora podría renovar toda la ropa. Mag tendría otro vestido. Había visto unas telas preciosas, auténticas gangas, en el escaparate de algunas tiendas. Y aun así sobraría lo suficiente para medias nuevas —dos pares por cabeza—, ¡y lo que ahorraría en remiendos, al menos por un tiempo! Conseguiría gorras para los niños y sombreros marineros para las niñas. La visión de su pequeño grupo con un as-

pecto fresco, pulcro y casi nuevo por una vez en sus vidas la entusiasmaba y la mantenía en vilo, expectante.

A veces, los vecinos hablaban de ciertos “mejores tiempos” que la pequeña señora Sommers había conocido antes de plantearse siquiera ser la señora Sommers. Ella, sin embargo, no se complacía en retrospectivas morbosas. No disponía de tiempo—ni un solo segundo—para dedicarlo al pasado. Las necesidades del presente absorbían todas sus facultades. Una visión del futuro, como si fuera un monstruo lejano y esquelético, a veces la horrorizaba; pero, por suerte, el mañana nunca llega.

La señora Sommers era de las que sabían valorar las gangas; de las que podían permanecer horas avanzando palmo a palmo hacia el objeto deseado, si éste se vendía a un precio de saldo. Sabía abrirse paso con los codos si hacía falta; había aprendido a agarrar una pieza de mercancía, sujetarla y no soltarla, mostrándose tenaz y decidida, hasta que llegara su turno de ser atendida, fuera cuando fuera.

Pero aquel día se sentía algo débil y cansada. Se había tragado un almuerzo ligero... ¡No! Al pensarlo, se dio cuenta de que, entre dar de comer a los niños, poner la casa en orden y prepararse para la maratónica jornada de compras, se había olvidado por completo de comer nada.

Se sentó en un taburete giratorio ante un mostrador casi desierto, intentando reunir fuerzas y valor para lanzarse a través de una multitud ansiosa que sitiaba una trinchera de telas para camisas y tejidos estampados. Una sensación de flaqueza absoluta se había adueñado de ella, y apoyó la mano sin rumbo sobre el mostrador. Iba sin guantes. Con el paso de los segundos, tomó conciencia de que su mano había tropezado con algo muy suave, muy agradable al tacto. Bajó la vista y vio que reposaba sobre un montón de medias de seda. Un cartel cercano anunciaba que las habían rebajado de dos dólares con cincuenta a un dólar con noventa y ocho; y la joven que estaba detrás del mostrador le preguntó si deseaba ver la sección de medias de seda. Ella sonrió, como si le hubieran invitado a inspeccionar una diadema de diamantes con vistas a comprarla. Pero continuó acariciando aquellas cosas suaves y brillantes, con ambas manos ahora, levantándolas para verlas centellear, y notando cómo se deslizaban con un movimiento casi serpentino entre sus dedos.

Dos manchas rojas aparecieron de repente en sus mejillas pálidas. Levantó la mirada hacia la dependienta.

—¿Cree que entre éstas habrá talla ocho y medio?

Había tantas ocho y medio como se quisiera. De hecho, más de esa talla que de cualquier otra. Allí había un par azul claro; también los había lavanda, otros totalmente negros y varios tonos de tostado y gris. La señora Sommers eligió un par negro y lo examinó largamente con mucho detenimiento. Fingió estar comprobando la textura, y la dependienta le aseguró que era excelente.

—Un dólar con noventa y ocho —murmuró, como para sí—. Bueno, me llevaré este par.

Le tendió a la muchacha un billete de cinco dólares y aguardó el cambio y el paquete. ¡Qué paquete tan pequeño! Parecía perderse en el fondo de su raído y viejo bolso de compras.

Tras aquello, la señora Sommers no se dirigió hacia el mostrador de ofertas. Tomó el ascensor, que la condujo a una planta superior, en la zona de las salas de espera para señoras. Allí, en un rincón apartado, se quitó las medias de algodón y se calzó las de seda recién adquiridas. No estaba pasando por un razonamiento profundo ni estaba tratando de explicarse a sí misma los motivos de su acción. Ni siquiera pensaba en absoluto. En aquel momento, parecía haber hecho una pausa en esa fatigosa labor de razonar y abandonarse a un impulso mecánico que guiaba sus actos y la eximía de toda responsabilidad.

¡Qué bien se sentía el contacto de la seda cruda sobre su piel! Le daban ganas de reclinarsse en el mullido sillón y entregarse, por un momento, a aquel placer. Y lo hizo, por unos instantes. Después, se volvió a calzar los zapatos, enrolló las medias de algodón y las guardó en su bolso. Tras ello, se dirigió directamente a la sección de calzado y tomó asiento para que la atendieran.

Se mostró exigente. El dependiente no lograba entenderla; no podía reconciliar el estado de sus zapatos con las medias que llevaba, y a ella no le satisfacía cualquier cosa. Alzaba el borde de su falda y giraba los pies en un sentido, la cabeza en otro, mientras observaba esos zapatos de punta pulida. Sus pies y tobillos le parecían muy bonitos. Le costaba creer que fueran su-

yos, que fueran parte de ella. Quería algo de excelente calidad y con estilo, le explicó al joven que la atendía, y no le importaba que costara un dólar o dos más, siempre y cuando obtuviera lo que deseaba.

Hacía mucho tiempo que a la señora Sommers no le ajustaban unos guantes correctamente. En las escasas ocasiones en que había comprado un par, siempre habían sido “gangas”, tan baratos que resultaba ilusorio y absurdo esperar que se amoldaran a su mano.

Ahora reposaba el codo sobre el cojín del mostrador de guantes, mientras una joven encantadora y delicada de trato le deslizaba un “kid” de puño largo por la mano. Se lo alisó alrededor de la muñeca y lo abotonó con esmero, y ambas se quedaron un instante contemplando con admiración aquella mano pequeña y bien enguantada. Pero aún había otros lugares donde gastar dinero.

Unos pasos más allá, en la vitrina de un puesto, había libros y revistas amontonados. La señora Sommers compró dos revistas caras, las mismas que solía leer en los tiempos en que estaba habituada a otras comodidades placenteras. Las llevó sin envolver. Al cruzar la calle recogió lo mejor que pudo el borde de sus faldas. Sus medias y sus botas, y los guantes bien ajustados, habían obrado maravillas en su porte: la dotaban de una seguridad renovada, de una sensación de pertenecer a esa multitud bien vestida.

Le rugía el estómago. En otro momento, habría reprimido el apetito hasta llegar a casa, donde se prepararía una taza de té y tomaría cualquier bocado al alcance. Pero el impulso que la dominaba no le permitió contemplar tal idea.

En la esquina había un restaurante. Nunca había entrado; desde fuera, a veces había atisbado los manteles immaculados, el cristal reluciente y a los camareros de pasos suaves atendiendo a la gente elegante.

Cuando entró, su presencia no provocó sorpresa ni consternación, como a medias había temido. Se sentó sola a una mesita, y un camarero solícito se acercó enseguida para tomar nota de su pedido. No deseaba un exceso de comida; ansiaba algo rico y apetitoso: media docena de ostras azules, una chuleta jugosa con berros, algún bocado dulce —una crême frappée, por ejemplo—, una copa de vino del Rin y, después de todo, una tacita de café solo.

Mientras esperaba que le sirvieran, se quitó los guantes con toda parsimonia y los depositó junto a ella. Luego tomó una de las revistas y la hojeó, cortando las páginas con el filo romo del cuchillo. Todo resultaba muy placentero. El mantel estaba incluso más impecable de lo que se había imaginado desde la ventana, y el cristal era más refulgente. Había señoras y caballeros discretos que, igual que ella, almorzaban en mesitas pequeñas sin prestarle atención. Llegaba un eco suave de música y, a través de la ventana, corría una brisa delicada. Probó un bocado, leyó unas cuantas palabras, saboreó el vino dorado y movió los dedos de los pies dentro de sus medias de seda. El precio no importaba. Contó el dinero al camarero y dejó una moneda extra en la bandeja, ante lo cual él se inclinó con la reverencia que merecería una princesa de sangre real.

Aún había dinero en su bolso, y la siguiente tentación se le presentó en forma de un cartel anunciando una función de tarde.

Un poco más tarde entró en el teatro. La obra ya había comenzado y la sala parecía atestada. Sin embargo, había algún asiento libre por aquí y por allá, y a uno de ellos la condujeron, entre mujeres vestidas con todo lujo, que estaban allí para matar el tiempo, comer bombones y exhibir sus ropajes estrafalarios. También había muchas otras personas que iban solamente por la obra y la interpretación. Es muy posible que nadie compartiera exactamente la actitud con que la señora Sommers contemplaba cuanto la rodeaba. Ella lo abarcó todo —el escenario, los actores, el público— en una sola mirada amplia y se dejó llevar por ello, disfrutándolo. Rió con la comedia y lloró —ella y la extravagante mujer de al lado— durante la tragedia. Y comentaron un poco entre las dos. La mujer vistosa se enjugó los ojos y sonó la nariz en un delicado pañuelo de encaje perfumado, pasándole a la pequeña señora Sommers su caja de bombones.

La obra terminó, la música cesó, la multitud se dispersó. Era como despertar de un sueño. La gente se desperdigó en todas direcciones. La señora Sommers caminó hacia la esquina y esperó el tranvía.

Frente a ella, sentado, había un hombre de mirada penetrante al que parecía gustarle contemplar su carita pálida y menuda. Le intrigaba descifrar lo que veía en ella. En verdad, no vio nada... a menos que fuera un mago capaz de percibir un anhelo profundo, un deseo tan intenso de que el tranvía

no se detuviera en ningún lugar, sino que siguiera avanzando con ella para siempre.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB